

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

EL PAN Y LA SAL DE GABRIELA MISTRAL

A pesar de los lazos que la unieron a nuestro país, el centenario de Gabriela Mistral ha pasado casi inadvertido entre nosotros. No menos conspicuo que el silencio de academias, sociedades, revistas y suplementos literarios, ha sido el de nuestras feministas, siempre tan celosas de las glorias de su sexo. Dos felices excepciones: un buen número del semanario México en la Cultura que dirige brillantemente Margarita Michelena, dedicado a la poetisa chilena, y un comentario de José Emilio Pacheco en forma de diálogo imaginario entre Gabriela Mistral y Alfonso Reyes. En Chile, naturalmente, los actos y celebraciones han sido numerosos. En un número del suplemento de El Mercurio, dedicado enteramente a la memoria de Gabriela Mistral, se publican las respuestas de varios escritores hispanoamericanos y españoles a una encuesta de ese diario sobre su obra y su figura. Reproducimos la de Octavio Paz.

Entre los escritores hispanoamericanos que vivieron en México en los primeros años de la década de 1920, invitados por José Vasconcelos, entonces Ministro de Educación de la joven Revolución mexicana, Gabriela Mistral fue la figura más destacada. La otra gran figura, Haya de la Torre, pertenece al mundo de la política. La presencia de Gabriela Mistral en la patria de Sor Juana Inés de la Cruz fue, más que una coincidencia, una verdadera rima histórica y literaria: son las dos grandes poetisas de nuestras tierras.

Gabriela dejó una huella muy honda en México pero, asimismo, México estuvo siempre presente en su ánimo y, con frecuencia, en su poesía. Al evocar el sabor del pan, dice que lo ha comido en todos los climas de América:

Pan de Coquimbo y de Oaxaca,
pan de Santa Ana y de Santiago.

Conocí a Gabriela Mistral en París, en 1946. Hablamos varias veces, leyó mis juveniles poemas con simpatía y me previno sobre los peligros del cosmopolitismo: había que ser telúrico. Consejo más bien extraño si se piensa en su vida nómada. Pero es verdad que, si vivió en muchos países, su lenguaje era más raíz que hojas y flores. Vivió en Provenza y en Castilla, en Toscana y en el valle de México pero su habla conservó siempre su sabor terrestre. Esta fue una de sus grandes virtudes poéticas. Años después de nuestro primer y único encuentro, en 1949, le envié un libro de poemas, *Libertad bajo palabra*, y me respondió con una carta entusiasta y generosa. Yo he tenido suerte con los poetas chilenos.

Uno de los signos de la verdadera poesía es la presencia de la prosa en el verso. Quiero decir: en ciertos momentos privilegiados, sin cesar de ser música verbal, el verso adquiere una densidad que lo lleva no a disiparse en el aire sino a caer, con una suerte de hermosa fatalidad, para enterrarse y fructificar. Es la ley de la gravedad espiritual de la poesía. Algunos poemas de Gabriela Mistral, los mejores, son una inmejorable ilustración de esta ley. Esta rara cualidad se debe, quizá, a que fue uno de los pocos poetas de nuestra lengua que recogió y prolongó la tradición bíblica. En esa tradición la realidad más real está impregnada de religiosidad y las cosas más santas son también las cosas diarias. En los poemas de Gabriela la vida de todos los días es una liturgia y los alimentos mismos —el pan y la leche, el agua y la carne, el azúcar y el aceite— se vuelven sacramentos. Uno de sus poemas está dedicado a la sal. Es admirable y no resisto a la tentación de citar unas líneas:

La sal cogida de la duna,
gaviota viva de ala fresca,
desde su cuenca de blancura
me busca y vuelve su cabeza.

La cojo como a criatura
y mis manos la espolvorean,
y resbalando con el gesto

de lo que cae y se sujeta,
halla la blanca, ve la triste
duna de sal de mi cabeza.

O. P.

EL OZONO EN LA LITERATURA MEXICANA

Imagínese a Amado Nervo nadando. ¿Ah, verdad? A que ni siquiera se lo había imaginado en traje de baño. Bueno, pues él no sólo sí nadó sino que, en un poema titulado "Tritoniada" (1906), declara que "en los viejos episodios"

fui tritón enamorado
de una joven oceánida oji - verde.

Lo interesante, sin embargo, consiste no tanto en que haya nadado, con o sin traje de baño (¿lo usarán los tritones?); y, para el caso, ¿los tritones enamorados? sino en que a la hora de describir a la oceánida dice:

Sus cabellos impregnaban de su
[olor mi cuerpo todo,
cuando trémulos mis brazos mus-
[culosos la ceñían;
sus cabellos algas eran verdine-
[gras, que de iodo
y de ozono, los perfumes embria-
[gantes despedían.

Después suceden cosas muy impresionantes, incluyendo el asesinato del delfín que trató de bajarle la oceánida a Amado Nervo. ¿Será esta la primera aparición del ozono en el vocabulario de la imaginación poética mexicana? Posiblemente. El ahora famoso alotrópico del oxígeno, u "oxígeno activo", había sido descubierto (y bautizado) hacía relativamente poco tiempo por Schönbein, en 1840. No es extraño que a Nervo el aroma del ozono le pareciera "perfume embriagante", porque, de hecho, en su tiempo se utilizaba para sanear ambientes pútridos. Esta facultad no se debe a que el ozono sea un perfume, sino a que

"enmascara" otros malos olores. Sin embargo, la Espasa — Calpe sostiene que el ozono sólo puede olerse "después de que ha caído un rayo", pues es cuando pasa el susto cuando se percibe su olor característico, "parecido al del fósforo". El ozono carece de las fatales connotaciones que hoy le adjudicamos en la ciudad de México, donde su presencia en el aire suele rebasar —gracias a la contaminación— el límite de 0.5 mg. por m³ después del cual causa irritación y somnolencia.

A Nervo le habrá interesado el gas por varias razones: es el que tñe de azul el cielo (connotaciones de eternidad, etc.); licuado, produce un color azul oscuro muy hermoso (agua, infinitud); debidamente diluido tenía atributos refrescantes e higiénicos y, por último, rima con océano. Y aunque, desde luego no hay que descartar las perversiones de los tritones en celo y sus consecuentes alteraciones del sensorio, la mejor conclusión sería que a Nervo le gustó la palabrita, no le importó que no hubiera ozono en el mar y decidió que así oía esa sirena que nadie (ni Álvaro Cunqueiro) podrá atrapar jamás.

G. S.

MÁS CONTAMINACIÓN HEIDEGGERIANA

Sr. Octavio Paz
Director de la revista *Vuelta*

Le escribo para protestar contra un artículo del señor Carlos Pereda, intitulado "La contaminación heideggeriana" (*Vuelta* No. 142), cuya mala fe y mediocridad no dejan lugar a dudas. Algunos intelectuales latinoamericanos, cansados de no poder sobresalir, se precipitan, a la menor polémica —especialmente cuando se trata de autores considerados trascendentes o importantes— para criticar y, las más de las veces, para destruir.

En la argumentación del señor Pereda hay un manejo superficial y maniqueo de los conceptos de lo "auténtico" e "inauténtico" en Heidegger; la supuesta condena que, a juicio del señor Pereda, Heidegger hace de la modernidad no es más que un intento por repensar los fundamentos sobre los que está asentada la civilización occidental. En un mundo donde cada vez se va más aprisa sin saber a dónde, el pensamiento de Hei-

degger es como una invitación a no dejarnos llevar por la inercia de este movimiento y detenernos a pensar de otra manera; por eso, en lo que respecta a su reflexión sobre la técnica, establece la búsqueda de los fundamentos fuera del ámbito de la ciencia, lo cual no significa regresar pura y simplemente al pasado, sino reinterpretar los textos —especialmente los de los presocráticos— de manera creativa, no mecánica; es decir, proponiendo lecturas posibles, como posibles lecturas hay de una partitura; ese es quizá el mayor legado de Heidegger a la filología: la creatividad en la interpretación de los textos.

No se trata de negar el gran error de Heidegger con respecto al nazismo y la responsabilidad que ello implica sino de situar su reflexión evitando hacer generalizaciones absurdas para desacreditar su filosofía. Seguramente el señor Pereda ignora los diálogos ricos y profundos que poetas como Rene Char o Roger

Munier mantuvieron con Heidegger. Y espero que nadie tenga la osadía de afirmar que Rene Char era complaciente con los detentores de la ideología nazi.

En fin, la superficialidad del pensamiento del señor Pereda no incita a una respuesta muy detallada, ni el espacio que corresponde a una carta de este tipo lo permite. Baste con decir que con rencor y resentimiento es imposible pensar; por eso han fracasado las críticas a la filosofía de Heidegger tanto de Adorno como de Bourdieu.

Le suplico que publique esta carta en su revista, sobre todo para que otros lectores, especialmente los jóvenes o quienes no han tenido la oportunidad de acercarse al pensamiento de Heidegger, no se dejen "seducir" por el desprecio y la falta de seriedad implícitos en el escrito mencionado.

CARLOS RUIZ GONZÁLEZ
(Carta resumida por la redacción)

